

A painting of a young boy with dark hair, wearing a dark jacket over a light-colored shirt, kneeling on the floor of a room. He is looking down at a small, dark, rectangular object in his hands. The room has a large window in the background, letting in warm, golden light. On the left wall, there is a large, ornate painting of a landscape with a figure. The overall atmosphere is warm and contemplative.

Saki

El Trastero

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL TRASTERO

SAKI

**PUBLICADO: 1911
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL TRASTERO

A los niños los iban a llevar, como premio especial, a la playa de Jagborough. Nicholas no formaría parte de la excursión; estaba castigado. Esa misma mañana se había negado a comer sus nutritivas sopas de leche alegando, en apariencia con escasa razón, que había una rana dentro. Las personas mayores, más sabias y mejores que él le habían dicho que era absolutamente imposible que hubiera una rana en sus sopas de leche y que no dijera tonterías; él, sin embargo, siguió diciendo lo que parecía la mayor de las tonterías y describió con todo lujo de detalles el colorido y las manchas de la supuesta rana. El aspecto dramático del incidente era que había realmente una rana en el cuenco de sopas de leche de Nicholas; él mismo la había puesto allí, así que se consideraba con cierto derecho a saber algo al respecto. La maldad de coger una rana del jardín y meterla en un cuenco de nutritivas sopas de leche fue reprendida durante largo rato, pero el hecho que quedó más claro en todo el asunto, tal como se presentó a la mente de Nicholas, fue que las personas mayores, más sabias y mejores habían demostrado estar profundamente equivocadas en asuntos sobre los cuales habían manifestado la mayor seguridad.

—Dijiste que era absolutamente imposible que hubiera una rana en mis sopas de leche; *había* una rana en mis sopas de leche —repitió, con la insistencia de un hábil táctico que no tiene intención de abandonar un terreno favorable.

Así pues, su primo y su prima y su hermano menor, de lo más insulso, irían esa tarde a la playa de Jagborough, mientras él se quedaba en casa. La tía de sus primos, que insistía, en un alarde injustificado de imaginación, en

presentarse también como su tía, había inventado a toda prisa la excursión a Jagborough para hacerle entender a Nicholas los placeres de que se había privado justamente por su escandalosa conducta en el desayuno. Tenía por costumbre, siempre que uno de los niños caía en desgracia, improvisar algún tipo de festejo del que el culpable quedaría rigurosamente excluido; si todos los niños pecaban en conjunto, les comunicaban de repente la existencia de un circo en la ciudad vecina, un circo de mérito sin igual y con un número incalculable de elefantes, al que, de no ser por su depravación, los habrían llevado ese mismo día.

Cuando llegó el momento de la partida de la excursión, se esperaba que Nicholas derramase alguna lágrima digna. Sin embargo, quien lloró fue su prima, que se raspó la rodilla bastante dolorosamente contra el estribo del carruaje al subir.

—¡Cómo ha chillado! —dijo Nicholas alegremente, mientras el grupo partía sin el menor atisbo de la euforia y el buen humor que debería haberlo caracterizado.

—Se le pasará enseguida —dijo la *soi-disant* tía—. Será una tarde gloriosa para correr por esas preciosas playas. ¡Cómo se van a divertir!

—Bobby no se va a divertir mucho, y tampoco va a correr mucho —dijo Nicholas con una risa sombría—. Le aprietan las botas. Le van demasiado pequeñas.

—¿Por qué no me dijo que le apretaban? —preguntó la tía con cierta aspereza.

—Te lo dije dos veces, pero no estabas escuchando. Muchas veces no escuchas cuando te contamos cosas importantes.

—No debes entrar en el jardín de las grosellas —dijo la tía, cambiando de tema.

—¿Por qué no? —exigió saber Nicholas.

—Porque estás castigado —dijo la tía con aire altivo.

Nicholas no admitía la impecabilidad del razonamiento; se sentía perfectamente capaz de estar castigado y en el jardín de las grosellas al mismo tiempo. Su rostro adoptó una expresión de notable obstinación. Su tía tenía claro que estaba decidido a entrar en el jardín de las grosellas,

«únicamente», según se dijo para sus adentros, «porque le he dicho que no puede».

El jardín de las grosellas tenía dos puertas por las que se podía entrar, y una vez que una personita como Nicholas lograra colarse dentro podía desaparecer efectivamente de la vista entre las hileras de alcachofas, las cañas de frambuesas y los arbustos frutales. La tía tenía muchas otras cosas que hacer esa tarde, pero se pasó una hora o dos en labores de jardinería sin importancia entre los arriates y los arbustos, desde donde podía vigilar con ojo avizor las dos puertas que llevaban al paraíso prohibido. Era una mujer de pocas ideas, pero con una inmensa capacidad de concentración.

Nicholas hizo una o dos salidas al jardín delantero, escabulléndose con evidente sigilo hacia una u otra de las puertas, pero sin poder esquivar ni por un instante el vigilante ojo de la tía. En realidad, no tenía ninguna intención de intentar entrar en el jardín de las grosellas, pero le venía de perlas que su tía creyera que sí; esa creencia la mantendría haciendo guardia voluntaria la mayor parte de la tarde. Una vez que hubo confirmado y afianzado bien sus sospechas, Nicholas se escabulló de vuelta a la casa y puso rápidamente en ejecución un plan de acción que llevaba tiempo germinando en su cabeza. Subido a una silla en la biblioteca, uno podía alcanzar un estante en el que reposaba una llave grande y de aspecto solemne. La llave era tan importante como parecía; era el instrumento que mantenía los misterios del trastero a salvo de intrusiones no autorizadas y que abría paso únicamente a las tías y personas privilegiadas de su calaña. Nicholas no tenía mucha experiencia en el arte de introducir llaves en cerraduras y girarlas, pero llevaba varios días practicando con la llave de la puerta del cuarto de estudio; no era partidario de confiar demasiado en la suerte y el azar. La llave giró con dificultad en la cerradura, pero giró. La puerta se abrió y Nicholas se encontró en tierra desconocida, comparada con la cual el jardín de las grosellas era un deleite rancio, un mero placer material.

Muchas veces Nicholas se había imaginado cómo podría ser el trastero, esa región tan cuidadosamente vedada a los ojos juveniles y sobre la que jamás se contestaba ninguna pregunta. La realidad estuvo a la altura de sus expectativas. Para empezar, era grande y estaba en penumbra; su única fuente de luz era una ventana alta que daba al jardín prohibido. Además, era un almacén de tesoros inimaginables. La tía autoproclamada era de esas personas que creen que las cosas se estropean con el uso y las relegan al

polvo y la humedad so pretexto de conservarlas. Las partes de la casa que Nicholas conocía mejor eran bastante desnudas y lúgubres, pero aquí había maravillas para recrear la vista. Ante todo, había un tapiz enmarcado que evidentemente estaba destinado a ser una pantalla de chimenea. Para Nicholas era una historia viva y palpitante; se sentó sobre un rollo de colgaduras indias que resplandecían en colores maravillosos bajo una capa de polvo, y se fue empapando de todos los detalles de la escena del tapiz. Un hombre vestido con el traje de caza de algún período remoto acababa de atravesar un ciervo con una flecha; no podía haber sido un disparo difícil porque el ciervo estaba solo a uno o dos pasos de él; en la espesa vegetación que sugería el cuadro no habría sido difícil acercarse a hurtadillas a un ciervo que pacía, y los dos perros con manchas que salían disparados hacia delante para unirse a la persecución habían sido adiestrados evidentemente para mantenerse pegados al talón hasta que la flecha fuera lanzada. Esa parte del cuadro era sencilla, aunque interesante; pero ¿veía el cazador lo que veía Nicholas, que cuatro lobos al galope se acercaban hacia él a través del bosque? Podía haber más de cuatro ocultos detrás de los árboles, y en todo caso ¿podrían el hombre y sus perros hacer frente a los cuatro lobos si los atacaban? Al hombre solo le quedaban dos flechas en el carcaj, y podía fallar con una o con ambas; lo único que se sabía de su habilidad como arquero era que era capaz de acertar a un ciervo grande a una distancia ridículamente corta. Nicholas estuvo muchos preciosos minutos dando vueltas a las posibilidades de la escena; se inclinaba a pensar que los lobos eran más de cuatro y que el hombre y sus perros estaban en un buen aprieto.

Pero había otros objetos de deleite e interés que reclamaban su inmediata atención: unos candeleros retorcidos y extravagantes en forma de serpientes, y una tetera con forma de pato de porcelana, por cuyo pico abierto debía salir el té. ¡Qué insípida y vulgar parecía la tetera del cuarto de los niños en comparación! Y había una cajita de sándalo tallado rellena hasta los topes de algodón aromático, y entre las capas de algodón había pequeñas figuras de latón, toros jorobados, y pavos reales y duendes, deliciosos de contemplar y de tocar. De aspecto menos prometedor era un libro grande y cuadrado con tapas negras lisas; Nicholas se asomó a él y, ¡oh maravilla!, estaba lleno de ilustraciones de aves en color. ¡Y qué aves! En el jardín y en los caminos, cuando salía a pasear, Nicholas se topaba con unos pocos pájaros, de los cuales los mayores eran alguna que otra urraca o paloma torcaz; aquí había garzas y avutardas, milanos, tucanes, avetoros tigre,

pavos del matorral, ibis, faisanes dorados, toda una galería de retratos de criaturas jamás soñadas. Y mientras admiraba el colorido del pato mandarín y le adjudicaba una historia de vida, la voz de su tía vociferando estridentemente su nombre llegó desde el jardín de las grosellas. Ante su larga desaparición, la tía había empezado a sospechar y había llegado a la conclusión de que se había encaramado al muro tras la pantalla protectora de los lilos; en ese momento se encontraba realizando una búsqueda enérgica y bastante desesperada entre las alcachofas y las cañas de frambuesas.

—¡Nicholas, Nicholas! —gritó—. Sal de ahí ahora mismo. No sirve de nada intentar esconderte; te veo perfectamente.

Probablemente era la primera vez en veinte años que alguien sonreía en aquel trastero.

Al poco, las furiosas repeticiones del nombre de Nicholas dieron paso a un chillido y un grito pidiendo que alguien acudiese rápidamente. Nicholas cerró el libro, lo devolvió con cuidado a su sitio en un rincón y sacudió sobre él algo de polvo de un montón de periódicos cercano. Luego salió sigilosamente de la habitación, cerró la puerta con llave y colocó la llave exactamente donde la había encontrado. Su tía seguía llamándole por su nombre cuando él entró paseando tranquilamente en el jardín delantero.

—¿Quién llama? —preguntó.

—Yo —llegó la respuesta desde el otro lado del muro—. ¿No me has oído? He estado buscándote en el jardín de las grosellas y me he caído en el aljibe. Por suerte no tiene agua, pero las paredes son resbaladizas y no puedo salir. Trae la escalerilla de debajo del cerezo...

—Me dijeron que no debía entrar en el jardín de las grosellas —dijo Nicholas sin titubear.

—Fui yo quien te lo dijo, y ahora te digo que puedes —llegó la voz desde el aljibe, con cierta impaciencia.

—Tu voz no suena como la de la tía —objetó Nicholas—. Puede que seas el Maligno tentándome para que desobedezca. La tía me dice a menudo que el Maligno me tienta y que yo siempre cedo. Esta vez no voy a ceder.

—No digas tonterías —dijo la prisionera del aljibe—. Ve a buscar la escalera.

—¿Habrá mermelada de fresa para la merienda? —preguntó Nicholas con toda la inocencia del mundo.

—Desde luego que la habrá —dijo la tía, prometiéndose para sus adentros que Nicholas no probaría ni una pizca.

—Ahora sé que eres el Maligno y no la tía —exclamó Nicholas con regocijo—. Cuando ayer le pedimos mermelada de fresa a la tía, dijo que no había. Yo sé que hay cuatro tarros en el armario de la despensa, porque lo comprobé, y tú, claro está, sabes que están ahí, pero ella no, porque dijo que no había. ¡Ay, Diablo, *te has* delatado!

Había un placer inusitado en poder hablarle a una tía como si uno le estuviera hablando al Maligno, pero Nicholas sabía, con perspicacia infantil, que tales lujos no debían ser explotados en exceso. Se alejó haciendo bastante ruido, y fue una pinche de cocina, en busca de perejil, quien finalmente rescató a la tía del aljibe.

La merienda de esa tarde transcurrió en un silencio aterrador. La marea había alcanzado su punto más alto cuando los niños llegaron a la cala de Jagborough, de modo que no había habido playa para jugar, circunstancia que la tía había pasado por alto en las prisas de organizar su expedición punitiva. Los botines apretados de Bobby habían tenido un efecto desastroso en su humor durante toda la tarde, y en conjunto no podía decirse que los niños se hubieran divertido. La tía mantenía el silencio glacial de quien ha sufrido una detención indigna e innecesaria en un aljibe durante treinta y cinco minutos. En cuanto a Nicholas, él también guardaba silencio, absorto como quien tiene mucho en que pensar; era posible, consideró, que el cazador lograra escapar con sus perros mientras los lobos se daban un festín con el ciervo abatido.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB